

Los usos políticos del siglo XIX en la reconstrucción de la democracia argentina (1983- 2015). Entre la revolución, el rosismo y la constitución del estado

*The Political Uses of the 19th Century in the Reconstruction
of Argentine Democracy (1983-2015). Between the
Revolution, Rosismo, and the Constitution of the State*

Camila Perochena¹

Universidad Torcuato Di Tella

<https://orcid.org/0000-0003-1531-7871>

DOI: <https://doi.org/10.25032/crh.10i19.2327>

Recibido: 6/5/2024

Aceptado: 9/7/2024

Resumen: Desde el retorno de la democracia en 1983, el siglo XIX estuvo en el centro de las disputas por el pasado. Este artículo busca explorar cómo los presidentes Raúl Alfonsín, Carlos Menem y Cristina Kirchner conmemoraron la historia del siglo XIX en función de diversas concepciones de la política y la democracia que se sucedieron desde la transición. Alfonsín, al buscar enfatizar la importancia de la juridicidad en democracia, se centró en el momento fundacional del estado, con la constitución de 1853. Menem, al poner el acento en la reconciliación para la supervivencia democrática, buscó traer al presente el rosismo para cerrar antiguas disputas. Por último, Cristina Fernández de Kirchner, con una estrategia política basada en la profundización del conflicto se

¹ **Camila Perochena** es Profesora de Historia (Universidad de Rosario), Mg. Ciencia Política (UTDT) y Doctora en Historia (UBA). Actualmente profesora investigadora de la Universidad Torcuato Di Tella y columnista del programa Odisea Argentina en el canal LN+. Escribió el libro *Cristina y la Historia. El kirchnerismo y sus batallas por el pasado* (Crítica, 2022). Se especializa en estudios de memoria, usos políticos del pasado y presidencialismo. Tiene artículos académicos publicados en revistas nacionales e internacionales como *Historia y Memoria*, *Historia da historiographia*, *Prohistoria*. Co-creadora de los podcasts “La Banda Presidencial” y “Hay que pasar el Invierno” de La Nación y del podcast *HistoriAr* producido por la Asociación Argentina de Investigadores de Historia (ASAIH).

centró en el momento revolucionario de 1810, entendido como una «*revolución inconclusa*», y en el rosismo, pero en clave reivindicativa y polarizadora.

Palabras clave: Memoria, Alfonsín, Menem, Kirchner.

Abstract: Since the restoration of democracy in 1983, the 19th century has been a focal point of contentious historical debates. This article aims to examine how Presidents Raúl Alfonsín, Carlos Menem, and Cristina Kirchner commemorated 19th-century history through differing political and democratic frameworks that evolved during the post-transition period. Alfonsín, advocating for the primacy of legality within democracy, centered his commemorative efforts on the foundational period of the state, particularly emphasizing the significance of the 1853 constitution. In contrast, Menem, prioritizing reconciliation as essential for democratic endurance, sought to contemporize the Rosas era as a means to resolve longstanding conflicts. Lastly, Cristina Fernández de Kirchner, employing a polarizing political approach, focused on the revolutionary events of 1810 as an «*unfinished revolution*», while also reclaiming and polarizing interpretations of the Rosas era.

Keywords: Memory, Alfonsín, Menem, Kirchner.

1. Introducción

En 1983, Argentina vivió el retorno a la democracia luego de siete años de una sangrienta dictadura militar. La transición se convirtió en un parteaguas y en un enorme desafío para los actores políticos y sociales que la protagonizaron, por cuanto era preciso reconstruir las instituciones democráticas y el tejido social. En el marco de esa vertiginosa y profunda mutación, las representaciones y disputas por el pasado, reciente y lejano, ocuparon un lugar central.

Diversos estudios han analizado los modos en que se procesó la historia del siglo XX y el pasado reciente de los años setenta en las memorias oficiales de los presidentes posteriores a la transición (Crenzel 2008; Vezzetti 2002, 2009; Aboy Carlés 2001; Souroujon 2014), mientras que las representaciones sobre el

siglo XIX han recibido menos atención. Diversas razones pueden invocarse para explicar esta asimetría. Entre ellas, la centralidad que asumió la «cuestión democrática» ante el repetido ciclo de golpes militares y la extrema violencia alcanzada en la década de 1970. No obstante, el siglo XIX fue también releído por los sucesivos gobiernos post dictadura en clave de reconstrucción democrática.

Este artículo explora las representaciones que sobre la historia del siglo XIX exhibieron los presidentes Raúl Alfonsín (1983-1989), Carlos Menem (1989-1995) y Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015), y se centra en los modos de recuperar tres momentos: la revolución, el régimen rosista y el proceso de construcción del estado nación. Tales representaciones estuvieron estrechamente vinculadas a las identidades políticas y a las concepciones de democracia que cada mandatario aspiró a modelar. El análisis del corpus –constituido por la totalidad de los discursos presidenciales y rituales políticos que hicieron referencia al pasado decimonónico– permite distinguir distintas estrategias memoriales en las respectivas gestiones.

En las siguientes páginas nos preguntamos cómo los presidentes seleccionados inscribieron el siglo XIX en sus estrategias y regímenes memoriales. Se pueden distinguir dos grandes formas de relación con el siglo XIX: una dominada por el conflicto y otra dominada por la coexistencia. En el régimen memorial dominado por el conflicto, la memoria oficial busca abrir batallas por el pasado que se extienden al campo político del presente y hace un uso polarizador de la historia en pos de profundizar los antagonismos políticos y sociales. En el dominado por la coexistencia, se intentan evitar las disputas por el pasado para llegar a consensos en el presente, haciendo un uso conciliador de la historia con el propósito de atenuar las divisiones políticas existentes. A tal efecto, el artículo se organiza en dos apartados, en sintonía con la hipótesis central que los atraviesa. A saber, que durante las presidencias de Raúl Alfonsín y Carlos Menem se desplegó un régimen de memoria signado por la coexistencia, mientras que, en los años del kirchnerismo, particularmente en las dos presidencias de Cristina Fernández de Kirchner, se impuso un régimen dominado por el conflicto.

2. El siglo XIX como prenda de unión

Entre 1983 y 1999 se sucedieron dos presidentes que protagonizaron la reconstrucción de la democracia: Raúl Alfonsín y Carlos Menem. Pertenecientes a los dos principales partidos que desde mediados del siglo XX disputaron en la escena política argentina –la Unión Cívica Radical y el peronismo–, ambos mandatarios tuvieron que afrontar un doble desafío que consistió, en palabras de Hugo Quiroga (2005, 17), en luchar contra los restos de un autoritarismo debilitado pero vigente –en el plano de lo político–, lo cual implicaba la recuperación y recomposición de un espacio público liberal como lugar de aparición de los sujetos de la democracia y, a nivel económico, hallar un modelo de crecimiento que le permitiese al país salir con éxito de la crisis.

Mientras que la solución del desafío político fue el eje central del gobierno de Alfonsín, la transición a nivel económico terminó de concretarse en el gobierno de Menem. En ese marco, la sociedad debía recuperar su capacidad de convivencia en el nuevo entramado democrático, y en ese mismo marco deben entenderse las memorias oficiales desplegadas por los dos presidentes. Si bien los usos del siglo XIX presentan diferencias notorias, los dos casos comparten una deliberada intención de evitar la apertura de disputas por el pasado que profundizaran los conflictos con los actores políticos del presente.

Desde la campaña electoral, el discurso ético-político que acuñó Alfonsín estuvo anclado en la Constitución Nacional y los Derechos Humanos (Quiroga, 2005). En relación con el pasado reciente, Alfonsín impulsó una significativa revisión (Novaro 2010). Por un lado, promovió el juzgamiento a los responsables de la violación de derechos humanos durante la dictadura de 1976 y, por el otro, inició la búsqueda de verdad a través de la creación de la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas). Tal como ha mostrado Gerardo Aboy Carlés (2010), el discurso alfonsinista construyó una clara frontera respecto del pasado reciente de violaciones a los derechos humanos y, a su vez, del pasado peronista al que asociaba con prácticas violentas y autoritarias. Según el autor, Alfonsín introdujo una serie de elementos novedosos en la identidad política radical: una concepción pluralista de la representación, la aceptación de la alteridad y una revisión crítica de la tradición. Estas innovaciones fueron cruciales a la hora de moldear las representaciones oficiales del siglo XIX rioplatense esgrimidas por el presidente.

De ese largo y tumultuoso siglo, el presidente reivindicó, principalmente, el período de la sanción de la Constitución Nacional de 1853. Ese momento fundacional se convertía en un faro para iluminar el presente. En la apertura de sesiones legislativas de 1987, días después del levantamiento militar «carapintada» en contra de los juicios por violaciones a los derechos humanos, sintetizaba dicha interpretación:

Todo período histórico necesita de un gran pacto de convivencia [...]. La Constitución de 1853, después de finalizadas las guerras civiles, fue el gran pacto de convivencia sobre el que se formó la Nación Argentina. La República ha iniciado un nuevo período histórico [...]. Ahora, como en 1853, debemos explicitar ese gran pacto que sirva de cimiento para construir una sociedad participativa, solidaria y moderna. El pacto constituyente entre los ciudadanos requiere un sólido consenso (Alfonsín 1 de mayo de 1987).

El paralelismo entre 1853 y 1983 le permitía posicionarse frente al pasado inmediato y frente al futuro que deseaba construir. Así, en el discurso alfonsinista, las representaciones del siglo XIX se dividían en dos momentos separados por la sanción de la constitución. El período previo habría estado signado por la guerra civil y la violencia, equiparándose con el pasado reciente de violencia política y dictadura, mientras que el año 1853 se asociaba con el presente de transición democrática: «La tarea fundamental de artesanía política [en 1853] consistió en restaurar las condiciones para la convivencia entre los argentinos» (Alfonsín 1 de mayo de 1984). En el momento más crítico desde la transición, el presidente convocaba a las diversas fuerzas políticas a unirse y «pactar» los cimientos del régimen democrático. En esa línea, el período posterior era descrito como un proceso de negociación y acuerdos para la construcción del estado: «como hace 100 años tenemos que encontrarnos de nuevo todos los argentinos, sin una sola distinción, para buscar la manera de consolidar creativamente esta democracia» (Alfonsín 27 de julio de 1986). El puente entre pasado y presente se trazaba a partir de dos momentos fundacionales de la historia argentina: 1853 y 1983.

Por otro lado, la recuperación de 1853 iba de la mano con el lugar central que ocupó la valoración del Estado de Derecho en el contexto de la transición democrática (Nino 2015; Gargarella 2010). En la campaña electoral, Alfonsín

recitaba, a la manera de un rezo laico, el preámbulo de la Constitución. Una de las imágenes más recordadas de 1983 es la del cierre de campaña en la avenida 9 de julio en Buenos Aires, cuando frente a una multitud cerró su discurso diciendo:

Si alguien distraído al costado del camino nos ve marchar y nos pregunta cómo juntos, hacia dónde marchan, por qué luchan, tenemos que contestarle con las palabras del preámbulo marchamos, luchamos para constituir la unión nacional, consolidar la paz interior, afianzar la justicia, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres del mundo que deseen habitar el suelo argentino (Alfonsín 26 de octubre de 1986).

Alfonsín colocaba la Constitución como la base de la legitimidad democrática y en ese gesto resaltaba la virtud del procedimiento democrático: un gobierno era legítimo cuando las decisiones se tomaban siguiendo las normas constitucionales. El respeto por la institucionalización de las reglas de juego adquiría un valor fundamental que anclaba en el momento de construcción del estado nacional: «No se trataba tanto de cambiar, de reformar o de perfeccionar el sistema, sino de revivir una democracia largamente escamoteada, de recuperarla en los términos que habían sido previstos y soñados hace más de 130 años por los forjadores de la Argentina moderna» (Alfonsín 1 de mayo de 1986).

El momento constitucional se imponía, así, sobre el momento revolucionario como mito fundacional de la nación. En los discursos oficiales y en las conmemoraciones del período alfonsinista, el 1 de mayo –fecha de la sanción de la Constitución de 1853– eclipsaba al 25 de mayo de 1810, cuando comenzó el proceso revolucionario en el espacio rioplatense. En ocasión del discurso ofrecido a la Asamblea General de Uruguay, el entonces presidente de Argentina, luego de mencionar el 25 de mayo como una fecha común para ambos países y de reivindicar las figuras de Mariano Moreno y José Gervasio Artigas, sostuvo: «Dije alguna vez a mi pueblo que no hemos tomado La Bastilla. Nuestro camino es otro, es el camino de la construcción del poder civil, popular, republicano, el poder de la ley asentada en la soberanía popular» (Alfonsín 25 de mayo de 1987). La referencia a los episodios de La Bastilla ilustraba muy bien la imagen que Alfonsín procuraba transmitir del pasado hacia el presente. Una

imagen en la que la idea de revolución quedaba asociada a la violencia política y al pasado reciente:

La revolución, esa meta que prometía resolver todos los conflictos y enigmas del ser humano, estuvo siempre signada por la muerte, por la violencia fratricida, por el fusil [...]. Y junto con ella aparecen inevitablemente el autoritarismo, el partido único, el despotismo de una élite ilustrada sobre el resto de la sociedad» (Alfonsín 1 de mayo de 1987).

El contrapunto entre revolución y constitución se inscribía en la concepción de la democracia que el presidente forjó y en la que intentaba combinar la dimensión popular con la liberal. Según Aboy Carlés (2001), en el régimen democrático construido por el alfonsinismo aparecía como novedad histórica la valoración positiva del pluralismo y del disenso político. Desde la perspectiva presidencial, sostiene el autor, la identidad radical yrigoyenista y la peronista se habían constituido con base en el hegemonismo y en el no reconocimiento del otro, erosionando así la democracia y la estabilidad política. Esa erosión podía rastrearse no solo en el pasado reciente, sino en los 50 años de historia precedente. En el inicio de sesiones de 1986, Alfonsín recordó que su principal objetivo había sido reconstruir las instituciones democráticas en relación con el pasado:

Nuestra democracia histórica había sido desquiciada en su aspecto institucional no solo por la dictadura de siete años que nos precedió, sino también por un prolongado período de prácticas deformantes que a lo largo de medio siglo impidieron –salvo fugaces interregnos– el pleno funcionamiento del orden político contemplado por la Constitución (Alfonsín 1 de mayo de 1986).

En esa dirección, si 1853 representaba el parteaguas del siglo XIX, 1930 era el punto de inflexión en el siglo XX. En la memoria alfonsinista, a partir del golpe militar de aquel año Argentina transitó una progresiva pérdida del «sentido de la juridicidad» y una «decadencia de nuestra consciencia legal» (Alfonsín 7 de julio de 1987), evidenciadas en golpes militares, prácticas fraudulentas, abusos de poder y en la idea de que las mayorías autorizaban a ignorar los derechos de las minorías. Frente a la imagen decadentista que abría 1930, Alfonsín reivindicaba la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX: «Esta Argentina moderna, como he dicho tantas veces, tiene 100 años de vida que puede

dividirse por igual entre 50 años de ascenso y 50 años de descenso» (Alfonsín 27 de julio de 1986). En su mirada de largo plazo, 1853 implicó superar las divisiones de las décadas posrevolucionarias y sentar las bases de la Argentina moderna que, entre 1880 y 1930, habría vivido un período de «ascenso» y de consensos a pesar de las diferencias políticas; un ciclo de ascenso que se vio interrumpido para experimentar una decadencia progresiva de la «consciencia legal». En el presente inaugurado en 1983, la sociedad y el estado debían abandonar la «cultura de la ajuricidad» y reencontrarse en la «cultura democrática» (Alfonsín 7 de julio de 1987). Había aquí una lectura culturalista del problema político argentino que, según Adrián Velázquez Ramírez (2019), fue lo que abrió un proceso de renovación del lenguaje político. Un lenguaje que consagraba el diálogo y el pluralismo como requisitos para la consolidación de la cultura democrática y que requería terminar con las antinomias que signaron la historia argentina en los siglos XIX y XX:

Nuestra historia no es la de un proceso unificador, sino la de una dicotomía cristalizada que se fue manteniendo básicamente igual a sí misma, bajo sucesivas variaciones de denominación, consistencia social e ideología. Ahí están, como expresiones de esta división, los enfrentamientos entre unitarios y federales, entre la «Causa» yrigoyenista y el «Régimen», entre el conservadorismo restaurado en 1930 y el radicalismo proscripto, entre el peronismo y el antiperonismo (Alfonsín 1 de diciembre de 1985).

El pluralismo aparecía como la base de la reconstrucción democrática y ninguna fuerza política podía asumir para sí la representación de los intereses nacionales (Aboy Carlés 2001). Había que romper con la cultura política facciosa «cuyo efecto ha sido el de trazar sobre el mapa político argentino una línea divisoria entre elegidos y réprobos, entre excelsos y marginados» (Alfonsín 1 de mayo de 1986). La democracia requería encontrar los «los comunes denominadores que permitan la convivencia libre y mutuamente respetuosa» (Alfonsín 1 de mayo de 1986). Alfonsín retomaba una tradición liberal que veía a las sociedades como plurales y, por eso, creía preciso identificar una serie de normas y principios mínimos capaces de ser aceptados por los ciudadanos. Para que la democracia funcione «se requiere del diálogo que presupone la unidad de los dialogantes, y esta unidad exige un amplio espíritu de reconciliación» (Alfonsín 1 de mayo de 1984). El entonces líder del radicalismo encontraba ese espíritu en el proceso

histórico de la segunda mitad del siglo XIX, por oposición a los años de las «guerras civiles»: «Las luchas se hubieran evitado si los tratados y acuerdos hubieran tenido lugar antes y no después de las confrontaciones» (Alfonsín 1 de mayo de 1984).

Desde esta perspectiva liberal consensualista, el conflicto y la polarización no podían fungir como principios articuladores de la política: «Es indispensable superar antagonismos artificiales, que más bien son residuos históricos» (Alfonsín 1 de mayo de 1984). Al referirse a la tensión entre conflicto y consenso, Alfonsín rastreaba ejemplos en la segunda mitad del siglo XIX, y se detenía particularmente en el contexto de nacimiento de la Unión Cívica durante la crisis de 1890:

En el siglo pasado, más precisamente en el 90, frente a una situación de confrontación, de disloque económico, de hegemonías que se perdían porque aparecían nuevos actores sociales, diversos sectores políticos jugaron con grandeza, abandonaron sus rencillas y se pusieron juntos a la construcción de la Argentina de aquel tiempo. Yo sé que hoy no nos dividen tantas cosas, yo sé que hoy son muchos más los comunes denominadores que nos unen (Alfonsín 23 de mayo de 1986).

Este énfasis en el carácter liberal de la democracia, de respeto a la constitución y llamado al diálogo se combinó, en algunos momentos, con estrategias de confrontación (Aboy Carlés 2010) y con una concepción que vinculaba la democracia a un proceso de igualación social, sin abandonar del todo las pretensiones hegemónicas que nutrieron al radicalismo en el pasado (Velázquez Ramírez 2019). En este último sentido, al analizar los usos de la historia de Alfonsín, Velázquez Ramírez (2019) sostiene que el presidente recuperaba la tradición yrigoyenista y situaba a la Unión Cívica Radical como el único partido capaz de asegurar la transición a la democracia. No obstante, más allá de la tensión entre pluralismo y hegemonismo, el régimen memorial del primer presidente de la transición estuvo dominado por el espíritu de coexistencia.

El mismo espíritu de coexistencia tendiente a evitar los combates por el pasado signó las dos gestiones presidenciales de Carlos Menem, que sucedió a Alfonsín, adelantándose cinco meses el traspaso del poder en un contexto crítico. En el plano económico, se había desatado un proceso hiperinflacionario y, en el

plano político, se habían producido tres levantamientos militares. La democracia sobrevivía, pero estaba asediada. Luego de llevar adelante una campaña electoral con un discurso netamente populista, Menem aplicó un programa de gobierno basado en el liberalismo económico que estaba en las antípodas de la tradición peronista a la que pertenecía. Según ha señalado Quiroga (2005), el nuevo presidente de la transición democrática entendió que, para salir de la crisis, era preciso construir un sólido consenso tanto en el interior de su propio partido y el Congreso de la Nación, como en el seno de los factores reales de poder. En su discurso de asunción propuso «serenar los espíritus» y no agitar fantasmas de lucha para lograr cicatrizar las heridas del pasado. Proclamó el fin del país del «todos contra todos» y el comienzo del país del «todos junto a todos». En relación con el pasado sostuvo: «Yo quiero ser el presidente de la Argentina de Rosas y de Sarmiento, de Mitre y de Facundo, de Ángel Vicente Peñaloza y Juan Bautista Alberdi, de Pellegrini y de Yrigoyen, de Perón y de Balbín» (Menem 8 de julio de 1989).

Si bien el discurso menemista comparte con el del alfonsinismo un uso político de la historia que invitaba a la pacificación de los argentinos y un mismo «espíritu consensualista» en lo que respecta al siglo XIX (Souroujon 2014), presenta una mirada opuesta en relación con el pasado reciente de violación a los derechos humanos. Según Aboy Carlés (2001), las diferencias alrededor de la revisión de ese pasado y de la política militar serían algunos de los principales puntos de confrontación entre el radicalismo y el menemismo. Desde 1988, Menem postulaba la necesidad de una «Ley de Pacificación» frente a las condenas a los militares y jefes de la guerrilla de los juicios llevados a cabo durante el gobierno de Alfonsín. Al año siguiente, ya investido de los atributos presidenciales, otorgó indultos a los condenados que no habían sido beneficiados por las leyes de Punto Final y Obediencia Debida sancionadas durante la gestión alfonsinista, a los líderes y miembros de organizaciones armadas acusados de subversión, a los participantes de rebeliones carapintadas y a los miembros de la Junta condenados por delitos cometidos en la conducción de la guerra de Malvinas. En diciembre de 1990, una segunda ola de indultos incluyó a todos los ex miembros de las juntas militares, al líder de Montoneros Mario Firmenich y a otros civiles y militares que permanecían condenados. En un discurso frente al

Ejército, pronunciado tras los indultos, sostuvo: «Vengo a cerrar para siempre una herida que durante muchos años nos frustró, nos derrumbó, nos lastimó [...] vengo a cerrar el capítulo absurdo de la división cruel entre los argentinos» (Menem 1 de noviembre de 1989). No solo se trataba de perdonar los crímenes cometidos, sino también de elaborar una nueva memoria oficial basada en la reconciliación. En esa misma línea, en 1998 propuso demoler el edificio de la ESMA –símbolo de la represión de la dictadura– y construir un monumento a la reconciliación nacional (Feld 2017; Franco Häntzsch 2023).

La idea de reconciliación se extendía también a la historia del peronismo y la del siglo XIX. En relación con el peronismo, a los pocos días de asumir como presidente, Menem visitó en su casa al almirante Isaac Rojas, protagonista del golpe que derrocó a Juan Domingo Perón en 1955 y vicepresidente del régimen militar instaurado. Con el abrazo a Rojas se buscaba superar la polarización entre peronistas y antiperonistas. Con respecto al siglo XIX, Menem había tenido a lo largo de su trayectoria política una predilección especial por los caudillos federales, especialmente por Facundo Quiroga, oriundo de La Rioja, su provincia natal. Mientras era gobernador, y durante la campaña presidencial, reivindicó e intentó reproducir un estilo de liderazgo inspirado y una estética inspirada en dichos caudillos. Recorría la provincia a caballo, se vestía con ponchos y se dejaba largas patillas con el objetivo de mimetizarse con la imagen de Facundo Quiroga.

A los pocos meses de asumir la presidencia, el 30 de setiembre de 1989, encabezó la ceremonia de repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas, líder del partido federal que hegemonizó la escena política de las provincias rioplatenses entre 1829 y 1852, fallecido en Inglaterra en 1877 luego de un prolongado exilio. Sus restos no habían retornado al país, a pesar de los numerosos intentos e iniciativas en tal sentido. Volvía, entonces, el protagonista de las batallas por el pasado, el hombre que algunos recordaban como un tirano y otros como un héroe popular.

Pero Rosas no era repatriado con el objetivo de reabrir dichas batallas (Stortini 2007). En el discurso pronunciado en el Monumento Nacional a la Bandera de la ciudad de Rosario, el entonces presidente aclaró que no deseaba «desempolvar antiguas luchas», sino que buscaba convertir a la historia en un

«puente de unión para que deje de ser pared, división y desencuentro» (Menem 30 de setiembre de 1989). De hecho, en el desfile que transportaba el féretro, caminaban los descendientes de Rosas junto a los descendientes de quienes fueron sus enemigos (Iriarte, Paz, Lavalle y Urquiza). Según Jeffrey Shumway (2010), una misma idea unía la repatriación de los restos de Rosas con los indultos a los militares: había que dejar atrás la discordia, la desunión y los resentimientos. Dos años después se trasladaron los restos de Juan Bautista Alberdi a Tucumán. En el discurso dado en esa ocasión, Menem recordó la repatriación de Rosas y sostuvo: «La Argentina vive a través de estas reivindicaciones, la fiesta de la unidad en la diversidad, que es la clave de la democracia» (Menem 28 de agosto de 1991).

Una vez saldados los conflictos memoriales, la historia podía ser dejada atrás: «al darle la bienvenida a Rosas estamos despidiendo a un país viejo, malgastado, anacrónico, absurdo» (Menem 30 de setiembre de 1989). El pasado debía servir de instrumento para mirar el porvenir, como lo expuso en un congreso de filosofía en Mendoza, a los pocos meses del inicio de su presidencia: «De ahí que yo no venga a hablarles de una historia pasada, a pesar de todo mi orgullo por los tiempos que los justicialistas supimos construir. De ahí que yo venga a hablarles de historia futura [...]. Nuestra doctrina no puede ser una cárcel que nos haga prisioneros».

El uso político del pasado que habilitó el menemismo requería de una cuidadosa administración de la memoria y, especialmente, del olvido (Perochena, 2021). Se trataba de una concepción de la historia que parecía inspirarse en la célebre conferencia titulada «Qué es la nación», pronunciada por Ernest Renan en 1882: «La esencia de una nación consiste en que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también en que todos hayan olvidado muchas cosas» (Renan, 1882). Aunque Menem nunca hizo mención al autor francés, pueden rastrearse frases de Renan en varios de sus discursos, como el pronunciado en su asunción, donde sostuvo que «la nación es un plebiscito cotidiano» (Menem 8 de julio de 1989). Para Renan, ese plebiscito requería olvidar momentos traumáticos de la historia de Francia, tales como la matanza de la noche de San Bartolomé, para hacer posible la unión que requiere la construcción de una nación. Menem apeló, pues, al olvido y a la reconciliación tanto en las representaciones del lejano

siglo XIX como del pasado reciente. Saldar las deudas con todo ese pasado era la plataforma para la construcción futura. De hecho, luego del primer año de gobierno, una vez decretados los indultos y repatriados los restos de Rosas, la historia estuvo prácticamente ausente del discurso oficial. Menem creía haber terminado con las disputas por el pasado y encarnado en el espacio vernáculo el eslogan de época de que había llegado el «fin de la historia».

Sin embargo, las heridas del pasado no siempre se cierran con voluntad política. En una sociedad movilizada como la Argentina de la transición, la administración de la memoria excedía al gobierno de turno. Los indultos, el olvido y el llamado a la reconciliación no fueron aceptados por parte de las víctimas que no olvidaban ni perdonaban. Los organismos de derechos humanos se convirtieron en los guardianes de una memoria colectiva autónoma del estado, exhibiendo frente al gobierno una concepción contrapuesta del tiempo histórico (Jelin 2017). Para las víctimas y familiares de víctimas el «pasado no pasaba» y la historia no podía ser clausurada. A partir de 1995, se produjo lo que Emilio Crenzel (2016) denominó una «explosión de la memoria» dentro de la sociedad civil, impulsada por las declaraciones del capitán Adolfo Scilingo,² la conmemoración de los 20 años del inicio de la dictadura y la constitución de la agrupación HIJOS.

3. El siglo XIX como campo de disputa política

Tras cuatro años de gobierno a cargo de su esposo, Néstor Kirchner, Cristina Fernández de Kirchner (en adelante CFK) asumió como presidenta de la Argentina el 10 de diciembre de 2007. Durante su mandato, se profundizó el modelo «nacional y popular» adoptado por su predecesor, lo que condujo a una consolidación de la polarización política. Sus discursos se convirtieron en la principal herramienta para modelar la identidad política kirchnerista y establecer fronteras simbólicas entre un «nosotros» y un «ellos». En dichos discursos, el intenso uso político de la historia se convirtió en un arma fundamental para trazar los antagonismos entre pasado y presente en el marco de la batalla cultural que la presidenta se propuso llevar adelante durante su gestión. CFK postulaba la

² El capitán Adolfo Scilingo describió, en una entrevista con Horacio Verbitsky, su participación en los llamados «vuelos de la muerte».

necesidad de reescribir la historia, argumentando que había sido falsificada por la denominada «historia liberal». Esta lucha por la narrativa del pasado era simultáneamente una lucha por el presente, marcada por los acontecimientos y enfrentamientos que jalonaron su mandato: el conflicto con el sector agropecuario, el debate en torno a la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual y las disputas con el poder judicial (Perochena 2022).

En la estrategia memorial confrontativa desplegada por CFK, el siglo XIX se convirtió en un campo de disputa política, al quedar dividido entre momentos con los cuales se estableció una continuidad, como el período revolucionario y el rosismo, y momentos de ruptura que quedaban asociados a los antagonistas políticos. Si bien en los discursos presidenciales, los fragmentos del pasado considerados negativos que adquirieron mayor preponderancia se corresponden con el siglo XX (el Centenario, los golpes militares y el neoliberalismo), los referidos al siglo XIX no dejan de tener relevancia. Entre ellos se destacan la experiencia rivadaviana de la década de 1820, asociada al partido unitario, la batalla de Caseros que frustró el camino iniciado por el rosismo y el período de conformación y consolidación del estado nacional en la segunda mitad del siglo XIX. En esta ocasión nos detendremos en las representaciones del pasado revolucionario, y más brevemente en las del rosismo, puesto que estas últimas ya han sido abordadas en otras contribuciones (Perochena, 2020).

Con relación a los acontecimientos de 1810, la entonces presidenta sostenía que la revolución había quedado inconclusa y convocaba a una «gesta del Bicentenario» que terminara la «tarea inconclusa de los hombres y mujeres que desde el 25 de Mayo de 1810 soñaron con un país diferente» (Fernández de Kirchner 16 de setiembre de 2011). La idea del carácter inconcluso de la revolución de mayo no es una novedad del discurso kirchnerista, sino que ha estado presente en diversas tradiciones y autores. Fueron los jóvenes de la generación del 37 los primeros en acuñar dicha fórmula en el territorio rioplatense. Los jóvenes románticos buscaban recuperar las promesas incumplidas del proceso revolucionario, entre ellas, construir la nación y una identidad nacional. Esta visión de la revolución inconclusa, pero en clave social, fue desarrollada también por intelectuales como José Ingenieros y Adolfo Saldías, y luego retomada por la mayoría de las corrientes de la izquierda argentina.

En el caso del kirchnerismo, se estableció una identificación entre 1810 y 2010, escenificada en las celebraciones bicentenarias, donde el gobierno se presentó a sí mismo como el encargado de llevar adelante esta tarea hasta su destino final. Si en 1810 se creció «apostando a un modelo propio, nacional y popular», en 2010 se convocaba a todos los argentinos a «una nueva gesta que es la misma que soñaron otros, pero que hoy hemos encontrado el camino y debemos seguirlo y profundizarlo» (Fernández de Kirchner 25 de mayo de 2009). Para concluir, entonces, con la revolución era preciso avanzar con la igualdad social y económica (Fernández de Kirchner 26 de mayo de 2013). Esta visión teleológica, en la que el kirchnerismo venía a cumplir con las promesas abiertas por la revolución, presentaba a 1810 y 2010 como momentos de «cambio de época» y de encrucijada, en los que se disputaron dos modelos de país:

Esta discusión, compañeros y compañeras, no es de ahora, viene desde el fondo de la historia, viene desde el 25 de mayo, se debate entre dos modelos de país: los que miran para fuera esperando que les digan lo que tienen que hacer y los que creemos que tenemos que construir un modelo nacional, nuestro, popular y democrático. Y esta ha sido y sigue siendo la verdadera discusión (Fernández de Kirchner 17 de octubre de 2009).

La idea de revolución inconclusa se hizo extensiva a la noción de independencia. El kirchnerismo retomaba aquí la clave de lectura del primer peronismo que postuló el concepto de «segunda independencia»: la independencia política debía ser continuada por una independencia en el plano económico. En el discurso del 9 de julio de 2010, en la ciudad de Tucumán, CFK explicó frente a miles de personas que las reservas del Banco Central habían alcanzado cifras récord y resaltó la «necesidad de utilizar las reservas para poder pagar la deuda» porque «eso es construir independencia» (Fernández de Kirchner 9 de julio de 2010). Un año más tarde, también en Tucumán, y nuevamente ante una multitud, volvía sobre el mismo argumento:

Yo aquí mismo [...] dije que teníamos que ir por la segunda independencia y que es la construcción de una economía que permita tener autodeterminación y que las decisiones de un país, se tomen en ese país y se tomen en los ámbitos donde hombres y mujeres han sido votados por la sociedad en elecciones libres y democráticas (Fernández de Kirchner 9 de julio de 2011).

En relación con la forma de representar el pasado revolucionario, CFK reproducía la interpretación clásica mitrista que colocó a 1810 como mito de origen de la nación. En este punto no se sometía a revisión la narrativa de la «historia liberal», que la presidenta cuestionaba e identificaba con la «historia oficial», sino que se denunciaban deliberados «ocultamientos» por parte de dicha narrativa. En una oportunidad, la presidenta se preguntó por qué a «San Martín o Belgrano la historia oficial los recuerda en el día de su muerte», y su respuesta fue que «tal vez hay una intención tácita, oculta» por no recordarlos vivos para «que no conozcamos de lo que hemos sido capaces los argentinos en esos 200 años de historia para construir una Patria libre e independiente» (Fernández de Kirchner 23 de agosto de 2010). La historia oficial no aparecía, en este caso, tergiversando los hechos, sino ocultándolos con el objeto de congelar el pasado para evitar toda posible reedición en el futuro:

Lo bueno es no ocultar nada debajo de la alfombra y mostrar todo tal cual pasó para entender, para aprender y en todo caso para replicar en esta historia contemporánea y en este momento histórico que nos toca vivir a cada uno de nosotros que también somos capaces de grandes hazañas (Fernández de Kirchner 23 de agosto de 2010).

En el panteón de héroes forjado por el kirchnerismo, y expuesto en el despacho presidencial bautizado como «Hombres y Mujeres de Mayo», los revolucionarios ocuparon un lugar central. Allí se podían observar los retratos de José de San Martín, Manuel Belgrano, Mariano Moreno y Manuel Dorrego. A los dos primeros, consagrados por Mitre como padres de la patria, se le sumaban Moreno y Dorrego. Esta selección es clave para entender tanto la representación que el kirchnerismo quiso transmitir de sí mismo como la operación de moldear el pasado para dar respuestas a los problemas del presente. Concluir el sueño revolucionario suponía reactualizar –o más bien resemantizar– los valores e ideales encarnados por esos héroes.

Dentro del elenco consagrado de revolucionarios, Belgrano ocupó un sitio de privilegio. De hecho, la presidenta lo caracterizó como su prócer favorito y fue la segunda figura histórica más mencionada en sus discursos, luego de Eva Perón, y el más citado entre los próceres del siglo XIX. De sus hazañas heroicas, CFK solía destacar el éxodo jujeño, presentado como una epopeya en la que el pueblo en armas dejó todo lo que tenía «por las convicciones, por los ideales, por los

otros, por la construcción de la identidad» (Fernández de Kirchner 8 de mayo de 2008). Una proeza que, al igual que la gesta revolucionaria, podía solaparse con el presente kirchnerista:

Esta es una nueva epopeya, como la del éxodo de Belgrano, como la del Éxodo Jujeño [...]. A esta epopeya por la igualdad de oportunidades, por la distribución del ingreso, por la justicia territorial, es a la que estamos convocando a todos los argentinos de bien, millones y millones saben que estamos en el camino correcto y que habrá dificultades, siempre las hay (Fernández de Kirchner 8 de mayo de 2008).

La invocación de las dificultades unía a los revolucionarios de ayer con la voluntad de cambio que el gobierno le imprimía al presente. En un discurso en conmemoración por el Día de la Bandera, en 2010, la presidenta explicó que durante el Éxodo Jujeño «algunos ricos que se negaron a quemar o a abandonar lo que tenían y preferían negociar con el enemigo, fueron fusilados por el general Belgrano por traidores a la Patria» (Fernández de Kirchner 20 de junio de 2010). Este gesto jacobino del prócer era justificado al afirmar que «muchas veces [...] hay que tomar decisiones que molestan por ahí a los que más tienen, porque si no la solidaridad es solo un ejercicio retórico, porque si no la generosidad es solo un discurso para las campañas» (Fernández de Kirchner 20 de junio de 2010). La noción de «sacrificio» que le corresponde al pueblo, un tópico característico de la heroicidad guerrera y revolucionaria, es lo que expresa y garantiza la fidelidad a una causa. Su contracara, por lo tanto, es la traición que, en este caso, la encarnan los «intereses poderosos». Si la primera noción permitía identificar un «nosotros» en el pasado y el presente, la segunda quedaba asociada al «ellos» del presente personificado en las corporaciones rurales, los medios de comunicación y los políticos opositores.

A su vez, Belgrano era reivindicado por ser un «fanático defensor de la producción y del trabajo nacionales» (Fernández de Kirchner 25 de mayo de 2009). En este punto, el discurso se dirigía a reforzar el papel de la industria en un modelo de país. En cuanto a su accionar militar, el rubro menos destacado del prócer, las campañas que lideró eran convertidas en condición necesaria para lograr la independencia y para que San Martín liberara Chile y Perú (Fernández de Kirchner 8 de mayo de 2013). La figura de San Martín quedaba así relegada frente al protagonismo de Belgrano, cuya invocación triplicó a las del primero en

los discursos de CFK. En la mayoría de los casos, el «libertador» era traído a la memoria para resaltar el carácter latinoamericanista de la independencia y legitimar políticas internacionales tendientes a una unidad regional. El objetivo era equiparar la vocación latinoamericanista de «los libertadores», como San Martín, Bolívar y O'Higgins, que «no reconocieron fronteras a la hora de ofrecer su vida por la libertad de los pueblos» (Fernández de Kirchner 5 de diciembre de 2008), y la de los gobiernos de izquierda de la región (Venezuela, Bolivia, Chile, Ecuador y Brasil).

Además de reconocer la importancia de Belgrano y San Martín, la presidenta también destacó el papel de Manuel Dorrego en la lucha por la independencia. Por decreto del gobierno se creó el Instituto Nacional de Revisionismo Histórico que fue bautizado con su nombre y, en julio de 2015, se lo ascendió post mortem al grado de General. En un discurso pronunciado en el Salón Mujeres Argentinas de la Casa de Gobierno, seis años antes de decidir ascenderlo, lo regaba de elogios:

Ustedes dirán por qué lo habrán fusilado, para los que no conozcan la historia. Muy simple, porque entre el pueblo y los poderes interiores y exteriores que lo tentaban [...] el optó por el pueblo. Y obviamente lo fusilaron. Bueno, tranquilos porque yo no creo... Tal vez ya no se repitan esos fusilamientos, o tal vez haya surgido otro tipo de fusilamientos, tal vez mediáticos, ¿no? (Fernández de Kirchner 14 de agosto de 2009).

La identificación entre Dorrego –considerado «el primer fusilado» (Fernández de Kirchner 9 de junio de 2011)– y la propia presidenta, ambos representados como defensores del pueblo y víctimas de los intereses de los más poderosos, era transparente. Días después, CFK profundizó la dimensión popular del personaje al señalar que su fusilamiento se debió a las políticas económicas que deseaba aplicar. Dichas políticas eran enunciadas en términos muy similares a las medidas económicas del kirchnerismo, como el control de precios o la restricción de las importaciones: «Él le ponía precios máximos al pan y a la carne y, además, gravaba con impuestos los productos importados para que no pudieran competir y propiciar la destrucción del trabajo nacional, por eso no lo querían y por eso lo fusilaron» (Fernández de Kirchner 24 de agosto de 2009).

Por último, otro de los héroes revolucionarios traídos al presente fue Mariano Moreno, de quien reivindicaba su carácter jacobino: «a nosotros muchas veces nos tratan también de jacobinos» (Fernández de Kirchner 25 de mayo de 2012). Moreno fue el secretario de la Primera Junta y editor de *La Gazeta*, periódico oficial creado por el naciente gobierno patrio, y por eso mismo fue evocado en una coyuntura atravesada por el conflicto con los medios de comunicación, a raíz de la Ley de Servicios de Medios Audiovisuales. El periodismo de Moreno era reivindicado por ser una «herramienta profundamente vinculada a la política», realzando así el periodismo militante en oposición al «tan mentado periodismo independiente» (Fernández de Kirchner 7 de junio de 2010). En un encuentro con representantes de la industria gráfica, en el que se presentó la ley por la eliminación del delito de calumnias e injurias, CFK recordó a Moreno como un hacedor de la «verdadera libertad de prensa, que es la de que todas las voces se puedan escuchar» (Fernández de Kirchner 14 de junio de 2010).

De los ejemplos citados se desprende que la idea de revolución era parte constitutiva de la concepción política del kirchnerismo. Hacer política se presentaba como un gesto revolucionario por cuanto implicaba llevar la voluntad más allá de los límites impuestos por las circunstancias. La memoria revolucionaria fungió así para reactualizar el pasado en el presente y para promover la idea de una revolución inconclusa que permitiera inscribir las políticas kirchneristas en la tradición de las izquierdas históricas. Los ideales de 1810 permanecían vivos a la espera de un gobierno capaz de encarnarlos y cristalizarlos bajo la promesa de una sociedad mejor. Ideales que habían sido interrumpidos a lo largo de la historia por actores e intereses que quedaban asociados con los antagonistas o contradestinatarios del presente.

El segundo momento reivindicado por CFK fue el gobierno de Juan Manuel de Rosas, con el que más claramente podía abrir una batalla por la historia. La reivindicación del rosismo no fue original del kirchnerismo, sino que se remontó a la tradición revisionista surgida en Argentina en los años 1930. Esta corriente sostenía la existencia de una «verdadera historia» que había sido tergiversada por la versión liberal promovida por Bartolomé Mitre y Vicente F. López. En esta «verdadera historia», Rosas no era presentado como un tirano,

sino como un héroe popular y defensor de la soberanía nacional. La presidenta se nutrió de los relatos revisionistas y, en sus apelaciones al pasado, retomó la diatriba contra la historia oficial y la visión nacionalista de carácter antiimperialista y antiliberal.

Durante su mandato, los postulados del revisionismo histórico no solo se expresaron en discursos, rituales y museos, sino que recibieron apoyo y reconocimiento institucional por parte del Estado, al crearse el ya mencionado Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Manuel Dorrego en 2011 (Stortini 2015). Asimismo, el 20 de noviembre, fecha de la batalla por la Vuelta de Obligado donde Rosas enfrentó a las tropas anglo-francesas, se estableció como feriado nacional. Para conmemorar dicho evento, CFK erigió un monumento en el lugar de la batalla y celebraba un ritual conmemorativo cada 20 de noviembre, incluyendo el uso de la divisa punzó (la cinta roja que simbolizaba la adhesión al régimen rosista) y la presencia de «gauchos federales». El día que la presidenta inauguró el flamante feriado en un acto realizado en San Pedro (escenario de la Vuelta de Obligado) pronunció las siguientes palabras: «Una historia ocultada, premeditadamente ocultada desde hace 165 años por la historia oficial» (Fernández de Kirchner 20 de noviembre de 2011). La interpretación del pasado rosista permitía desnudar las «falsificaciones» de la «historia oficial» y trazar un puente con el presente en temas que el kirchnerismo aspiraba encarnar. Rosas se convirtió así en la punta de lanza de la «batalla cultural» y en el foco desde el cual se comenzaría a iluminar la «verdadera historia». La batalla debía mostrar un rumbo histórico que había sido truncado y que la presidenta se proponía recuperar. Esa conexión con el presente se establecía a partir de dos dimensiones: el federalismo y el industrialismo.

En relación con el federalismo, las alusiones al siglo XIX no se reducían a la figura de Rosas, sino que incluían a los caudillos provinciales que rescataba la tradición revisionista –como Estanislao López, Manuel Dorrego, Facundo Quiroga, el «Chacho» Peñaloza y Felipe Varela– y a aquellos que «sacrificaron su vida para lograr un país más equitativo no solamente en la distribución del ingreso social, sino también en la distribución del ingreso territorial» (Fernández de Kirchner 19 de diciembre de 2008). En numerosos discursos, CFK sostuvo que venía a saldar una deuda histórica: la de la equidad territorial. En esta dirección,

diferenciaba «dos modelos» en la historia política argentina: un modelo histórico «centralista» o «unitario» y uno «federal» (Fernández de Kirchner 24 de julio de 2010).

Diversas políticas del kirchnerismo buscaron ser respaldadas interpelando la tradición federal en la historia. La decisión presidencial de coparticipar los derechos de exportación del producto de la soja fue comparada, por ejemplo, con los derechos de la aduana por los cuales «se enfrentaron federales y unitarios» durante el siglo XIX (Fernández de Kirchner 19 de diciembre de 2008). De esta manera, inscribía su propuesta en las luchas entre centralistas y federales, ignorando o silenciando la complejidad de esas disputas que, además, la hubiesen obligado a revisar su filiación con el rosismo. En un discurso en Entre Ríos, durante el conflicto con el campo en 2008, la presidenta sostuvo:

Me acuerdo cuando los valerosos entrerrianos vinieron y ataron los caballos en la Pirámide de Mayo en el siglo XIX, frente a un modelo de país que era muy centralista y que aún hoy sigue siendo fuertemente centralista en lo que hace a la distribución del ingreso y de las obras [...] No se construyen estos desastres y estos desatinos –digo yo– en dos o tres años, para tantos errores y tantos horrores han tenido que pasar 200 años (Fernández de Kirchner 30 de mayo de 2008).

Pero el federalismo decimonónico no *solo* regresaba al presente para defender una distribución territorial y regional más equitativa, sino también para marcar un clivaje social. En este punto, la presidenta enfatizaba el carácter «popular» de la identidad federal, como se observa en la evocación al «Chacho» Peñaloza en La Rioja, su tierra de origen:

Por eso el homenaje a un argentino rubio y de ojos azules que decidió pelear junto a los morochos y por los morochos de la Patria para desmitificar un poco esto, lo del color de la piel; en realidad lo que muchas veces se intenta ocultar es cómo se ataca –seas morocho o rubio– a aquellos argentinos que deciden defender los intereses de las grandes mayorías nacionales, de los más pobres y de los más vulnerables, un verdadero caudillo del federalismo argentino (Fernández de Kirchner 17 de junio de 2010).

Por otro lado, el rosismo también se actualizaba en el presente para defender un modelo de país industrialista. CFK sostenía que Rosas fue «el primer precursor de la industrialización de nuestras materias primas» (Fernández de

Kirchner, Cristina 1 de agosto de 2008). A su vez, según la presidenta, este proceso de industrialización se habría interrumpido por la batalla de Caseros de 1852, cuando las fuerzas conjuntas del gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, en alianza con el Imperio de Brasil, Uruguay y Corrientes, depusieron a Rosas. Caseros no sería, pues, un momento en el que «se derribó un tirano», sino aquel en que el país perdió la posibilidad de industrializarse (Fernández de Kirchner 1 de agosto de 2008).

Los usos de la figura de Rosas ilustran muy bien el carácter selectivo de las apropiaciones que vehiculizan los usos políticos del pasado. Si para Carlos Menem, la repatriación de sus restos fungió como un gesto de reconciliación y de pacificación memorial, para CFK sirvió como anatema de una memoria destinada a promover la polarización y los antagonismos. Los enemigos de ayer reaparecían en los conflictos del presente para conspirar contra el proyecto de país que prometía avanzar con las promesas incumplidas de la revolución. Así lo denunció en varios discursos, como en el cierre de la jornada «La justicia del Bicentenario», en el Teatro Cervantes:

Uno, leyendo las cosas que pasaron luego, las que sufrió Angelelli y tantísimos otros argentinos, advierte que hay un hilo conductor y que cuando hablamos de proyecto nacional y popular, por una cuestión dialéctica, hay otro proyecto que no es ni nacional ni popular y que se impuso a sangre y fuego, como pasó en La Rioja en el siglo XIX y en otras provincias argentinas y en el XX también contra gobiernos populares, desde el doctor Yrigoyen al gobierno del general Perón y luego también, al gobierno que estaba en el 75, del cual, por supuesto, no era simpatizante, pero era un gobierno elegido democráticamente (Fernández de Kirchner 11 de agosto de 2010).

4. Conclusiones

Desde la transición democrática, el siglo XIX fue recuperado por las memorias oficiales en diversas claves. Las selectivas apropiaciones y modulaciones que adoptaron las representaciones del pasado decimonónico estuvieron en sintonía con las concepciones de la política y de la democracia que tuvieron los presidentes de turno. Por un lado, Alfonsín, al buscar enfatizar la importancia de la juridicidad en democracia, se centró en el momento fundacional del estado con la Constitución de 1853, mientras que Menem, al

poner el acento en la reconciliación y la unidad nacional para la supervivencia democrática, buscó traer el rosismo al presente como prenda de reconciliación frente a las antiguas disputas. Por otro lado, CFK, con una estrategia política polarizadora y una visión refundacional de los 200 años de historia argentina, se centró en el momento revolucionario de 1810, entendido como una «revolución inconclusa», y en la reivindicación del rosismo en pos de reactualizar los viejos antagonismos en el presente.

Tal como se argumentó hasta aquí, es posible distinguir dos regímenes memoriales opuestos en los usos del pasado que hicieron los presidentes analizados. Mientras las primeras dos décadas postransición democrática estuvieron signadas por una memoria oficial que apuntaba a la coexistencia entre fuerzas políticas opuestas, la memoria oficial durante el kirchnerismo apuntó a una profundización del conflicto y de la polarización con los partidos de oposición, los sectores agroexportadores, los medios de comunicación y el poder judicial. Por cierto, que se trataba de dos momentos muy diferentes. Y entre tales diferencias cabe destacar lo que significó la clausura de la amenaza de levantamientos militares y el impacto de la crisis de 2001 en los gobiernos kirchneristas. Reabrir ciertas batallas por la historia en un presente en el que el régimen democrático no estaba asediado y en el que la crisis social y económica parecía encauzarse, nos habla de las condiciones de producción y recepción de ciertos discursos sobre el pasado que se proyectan sobre el presente y el futuro.

Pero además es oportuno plantear que, en el marco de los dos regímenes memoriales en los que se inscribieron los tres presidentes, se registran otras divergencias asociadas tanto a los contextos de enunciación como a las voluntades políticas que motorizaron los respectivos mandatarios. Para marcar tales divergencias retomamos la clasificación de los politólogos Michael Bernhard y Jan Kubik (2014), que han estudiado las memorias oficiales surgidas tras la caída de la URSS. Dicha clasificación postula cuatro tipos de actores memoriales: «guerreros», «pluralistas», «negadores» y «prospectivos» (Bernhard y Kubik 2014). Los primeros son aquellos que se consideran portadores de una «verdadera» historia frente a otros actores que cultivarían una visión «falsa» y con los que no es posible negociar. Los «pluralistas memoriales» aceptan la existencia de una diversidad de interpretaciones del pasado y tratan de entablar

un diálogo para encontrar los puntos fundamentales de convergencia. Los «negadores» evitan las políticas de memoria y las batallas por el pasado, mientras que los «prospectivos» creen haber resuelto el enigma del pasado y tener la llave para guiar al pueblo hacia el futuro. ¿Cuánto tuvieron de guerreros, prospectivos, pluralistas o negadores los presidentes Alfonsín, Menem y Fernández de Kirchner?

El primer presidente de la transición puede ser considerado un «guerrero memorial» en relación con la historia reciente y un «pluralista memorial» respecto del siglo XIX. El «guerrero» se expresó en la búsqueda de verdad simbolizada en la publicación del Nunca Más para terminar con una visión falsa del pasado, y dejó en manos de la justicia la tramitación del trauma que experimentó la sociedad argentina de los setenta. El «pluralista», en cambio, se manifestó en las representaciones decimonónicas y en la convicción de que no se arribaría a los acuerdos y compromisos que la democracia exigía si se abrían batallas por la historia. En esa secuencia, el regreso al momento constitucional habilitaba a sentar las bases de un consenso mínimo fundacional.

A diferencia de Alfonsín, Menem se ubicaría entre el «negador» y el «prospectivo memorial». Creía que podía resolver el enigma del pasado para, luego, guiar al pueblo hacia el futuro, bajo la consigna de que administrar el olvido era posible si se aplicaba una fuerte dosis de voluntad política. Una voluntad que, en el caso de CFK, se manifestó en la consigna del «deber de memoria», identificándola plenamente como una «guerrera memorial». El deliberado combate por la historia que desplegó durante su gestión la instalaba como vocera y portadora de una verdadera historia que venía a corregir la historia falsificada. En este caso, a diferencia de Raúl Alfonsín, no se registra la distinción entre un pasado reciente y otro más remoto. La revisión y reescritura del pasado debía alcanzar a los dos siglos transcurridos desde la revolución y, en esa operación, la historia decimonónica ocupó un lugar central.

Reconociendo, entonces, estas diferencias en los usos del pasado, asociadas a los momentos que vivió la transición democrática hasta consolidarse y a los objetivos que cada presidente se trazó en relación con el presente, hay dos puntos en común entre ellos. El primero es el rasgo desafiante que marcaron respecto de

sus tradiciones partidarias. Alfonsín introdujo un inédito énfasis pluralista en la tradición radical; Menem buscó reemplazar la estrategia peronista de polarización por la reconciliación; y CFK profundizó la estrategia agonista del peronismo, pero marcando una distancia respecto de su tradición para crear una identidad propia del kirchnerismo. El segundo rasgo es que las divergentes concepciones que acuñaron sobre la democracia y sobre sus anclajes en el pasado no pusieron en cuestión los principios a partir de los cuales esta se refundó en 1983.

Esta última coincidencia es la que hoy está en debate, a cuarenta años de la transición democrática. La crisis en todos los niveles experimentada en Argentina se expresa en un cambio cultural, alimentado por un discurso oficial que hace un uso intensivo del pasado de carácter polarizador en pos de imponer una nueva concepción de la democracia, de los derechos, del estado y de los orígenes de la nación. El triunfo electoral de un partido nuevo como «La libertad avanza» y de Javier Milei, un *outsider* que se presenta como el «primer presidente libertario del mundo», llevó a que se recupere la argentina liberal de la segunda mitad del siglo XIX. En esa recuperación, sin embargo, el nuevo mandatario coloca a 1916, cuando se dio el triunfo de la Unión Cívica Radical luego de la reforma electoral de 1912, como el punto de inflexión que habría dado inicio a la decadencia del país.

La tensión que presenta esta línea histórica y su interpretación oficial no solo se expresa entre el liberalismo «clásico» que sentó las bases de la construcción del Estado y el libertarianismo anarcocapitalista antiestatalista del presidente, sino también entre el liberalismo y la democracia de masas. Estamos, pues, ante un nuevo «guerrero memorial» que regresa selectivamente al siglo XIX para trazar nuevos antagonismos en torno al concepto de libertad. Un concepto que en sus diversas dimensiones fue objeto de intensos debates a lo largo de la historia secular y que hoy vuelve a la escena pública cargado de un sentido unidimensional que, en el discurso oficial, no admite más que una lectura «verdadera». ◇

Obras citadas

Fuentes

Alfonsín, Raúl. Mensaje presidencial del doctor Raúl Alfonsín a la Honorable Asamblea Legislativa, 1 de mayo de 1984.

- Discurso de Raúl Alfonsín en el Plenario del Comité Nacional de la Unión Cívica Radical Buenos Aires, Parque Norte, 1 de diciembre de 1985.
- Mensaje presidencial del doctor Raúl Alfonsín a la Honorable Asamblea Legislativa, 1 de mayo de 1986.
- Discurso del señor Presidente de la Nación, Doctor Raul R. Alfonsín, desde el balcón de la casa de gobierno, 23 de mayo de 1986.
- Discurso pronunciado por el señor presidente de la nación, doctor Raúl R. Alfonsín, con motivo del centenario de la ciudad de General Villegas, 27 de julio de 1986.
- Discurso de Raúl Alfonsín en el cierre de la campaña electoral, 26 de octubre de 1986.
- Mensaje presidencial del doctor Raúl Alfonsín a la Honorable Asamblea Legislativa, 1 de mayo de 1987.
- Discurso del señor presidente de la nación, doctor Raúl R. Alfonsín, en la cena de camaradería de las FFAA, 7 de julio de 1987.

Fernández de Kirchner, Cristina. Inauguración colegio Éxodo Jujeño en la provincia de Jujuy, 8 de mayo de 2008.

- Firma de convenios para obras en Entre Ríos, 30 de mayo de 2008.
- Acto de firma de un convenio con la municipalidad de San Martín, 1 de agosto de 2008.
- Cena ofrecida en su honor por la señora presidenta de la República de Chile, Michelle Bachelet, 5 de diciembre de 2008.
- Palabras de la presidenta en Chilecito-La Rioja, 19 de diciembre de 2008.
- Acto de conmemoración del 199.º aniversario de la Revolución de Mayo, 25 de mayo de 2009.
- Lanzamiento del Plan Ingreso Social con Trabajo, 14 de agosto de 2009.
- Palabras de la presidenta de la nación en La Matanza, 24 de agosto de 2009.
- Discurso de la presidenta en el Día de la Lealtad, 17 de octubre de 2009.
- Palabras de la presidenta saludando por su día a los periodistas acreditados en Casa de Gobierno, 7 de junio de 2010.
- Palabras de la presidenta en encuentro con representantes de industria gráfica, 14 de junio de 2010.
- Palabras de la presidenta en Olta, provincia de La Rioja, 17 de junio de 2010.
- Palabras de la presidenta en el acto por el Día de la Bandera, 20 de junio de 2010.

- Acto por el Día de la Independencia en la ciudad de Tucumán, 9 de julio de 2010.
- Cristina Fernández de Kirchner, Discurso de la Presidenta en el Acto Central de los 457 Aniversario de Santiago del Estero, 24 de julio de 2010
- Palabras de la presidenta en el cierre de la segunda jornada La Justicia en el Bicentenario, 11 de agosto de 2010.
- Acto en la provincia de San Salvador de Jujuy, 23 de agosto de 2010.
- Anuncio de la primera clonación de una vaca transgénica, 9 de junio de 2011.
- Acto del 9 de Julio en Tucumán, 9 de julio de 2011.
- Palabras de la presidenta en la inauguración de la Universidad de Merlo, 16 de setiembre de 2011.
- Discurso por el Día de la Soberanía Nacional, 20 de noviembre de 2011.
- Conmemoración del 202.º aniversario de la Revolución de Mayo, 25 de mayo de 2012.
- Cena en honor del presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro. Miércoles, 8 de mayo de 2013.
- Conmemoración del 203.º aniversario de la Revolución de Mayo, 26 de mayo de 2013.

Menem, Carlos. Discurso ante la Asamblea Legislativa al asumir como presidente de la nación, 8 de julio de 1989.

- Discurso de Carlos Saúl Menem en la ciudad de Rosario, con motivo de la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas, 30 de setiembre de 1989.
- Discurso Carlos Saúl Menem ante jefes de unidades y organismos del ejército, 1 de noviembre 1989.
- Discurso del señor presidente de la Nación al arribar los restos de Juan Bautista Alberdi a la provincia de Tucumán, 28 de agosto de 1991.

Referencias bibliográficas

- Aboy Carlés, Gerardo. *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens, 2001.
- Aboy Carlés, Gerardo. «Raúl Alfonsín y la fundación de la Segunda República». En Roberto Gargarella, María Victoria Murillo y Mario Pecheny, compiladores, *Discutir Alfonsín*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2010, 67-84.
- Bernhard, Michael y Jan Kubik. «A Theory of the Politics of Memory. The Politics of Memory and Commemoration». En Michael Bernhard y Jan Kubik, editores, *Twenty Years After Communism*. New York: Oxford University Press, 2014, 1-42.

- Crenzel, Emilio. *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2008.
- Crenzel, Emilio. «Entre la historia y la memoria. A 40 años del golpe de Estado en la Argentina». *História: Questões & Debates*, vol. 64, n.º 2, 2016, 39-69.
- Feld, Claudia. «Preservar, recuperar, ocupar. Controversias memoriales en torno a la ex-ESMA (1998-2013)». *Revista Colombiana de Sociología*, vol. 40, n.º 1, 2017, 101-131.
- Franco Häntzsch, Paula Denise. «Políticas de “reconciliación nacional” en los años menemistas: estrategias de aplacamiento del bombardeo a Plaza de Mayo». *Aletheia*, vol. 13, n.º 26, 2023.
- Gargarella, Roberto. «Democracia y derechos en los años de Raúl Alfonsín». En Roberto Gargarella, María Victoria Murillo y Mario Pecheny, compiladores, *Discutir Alfonsín*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2010, 23-40.
- Jelin, Elizabeth. *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2017.
- Nino, Carlos. *Juicio al mal absoluto. ¿Hasta dónde debe llegar la justicia retroactiva en casos de violaciones masivas de los derechos humanos?* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2015.
- Novaro, Marcos. «Formación, desarrollo y declive del consenso alfonsinista sobre derechos humanos». En Roberto Gargarella, María Victoria Murillo y Mario Pecheny, compiladores, *Discutir Alfonsín*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2010, 41-65.
- Perochena, Camila, “La historia en la política y las políticas de la historia. Batalla cultural y revisionismo histórico en las presidencias de Cristina Fernández de Kirchner (2007–2015)”, *Prohistoria*, n.º 33, junio 2020, 235-263.
- Perochena, Camila. «Menem y la historia: olvido y perdón». En Martín Rodríguez y Pablo Touzon, compiladores, *¿Qué hacemos con Menem? Los noventa veinte años después*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2021.
- Perochena, Camila. *Cristina y la historia. El kirchnerismo y sus batallas por el pasado*. Buenos Aires: Crítica, 2022.
- Quiroga, Hugo. *La Argentina de la emergencia permanente*. Buenos Aires: Edhasa, 2005.
- Renan, “¿Qué es una nación?”, Conferencia pronunciada en la Sorbona, 11 de marzo de 1882.
- Shumway, Jeffrey, «“A veces saber olvidar es también tener memoria”: la repatriación de Juan Manuel de Rosas, el menemismo y las heridas de la memoria en Argentina». En Osvaldo Barreneche y Andrés Bisso, compiladores, *El tiempo pasa, la historia queda. Ayer, hoy y mañana son contemporáneos*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, 2010, 93-132.
- Souroujon, Gastón. *El peronismo vuelve a enamorar. La articulación de un imaginario político durante el gobierno de Menem*. Rosario: Homo

Sapiens, 2014.

Stortini, Julio. «Fervores patrióticos: monumentos y conmemoraciones revisionistas en la historia reciente». En Alejandro Eujanian, Ricardo Passolini y María Estela Spinelli, coordinadores, *Episodios de la cultura histórica argentina: celebraciones, imágenes y representaciones del pasado, siglos XIX y XX*. Buenos Aires: Biblos, 2015, 85-103.

Stortini, Julio. *Rosas a consideración. Historia y memoria durante el menemismo*. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Velázquez Ramírez, Adrián. *La democracia como mandato. Radicalismo y peronismo en la transición argentina (1980-1987)*. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi, 2019.

Vezzetti, Hugo. *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2002.

Vezzetti, Hugo. *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2009.